

lanzóse á los piés de la Reina. Entonces el implacable verdugo se precipitó sobre él, sin mirar, en la ceguera del odio, los obstáculos puestos á su paso. Y al salto de aquella fiera, sobre María cayó la mesa con todos sus enseres. Preñada la Reina de seis meses, el golpe inconsiderado sobre su cuerpo mal trecho podía tener fatales consecuencias á la suerte del trono; y los circunstantes dejaron por un minuto, de perseguir al valido, para socorrer á la señora. Mas en cuanto ésta se levantó, levantóse también Riccio del suelo, donde se hallaba tendido; é hincando las rodillas en tierra, y uniendo las manos trémulas; entre sollozos de horror y miradas de súplica pidió á sus verdugos misericordia. Pero, vuelto en sí Ruthven del pasajero susto que sintiera viendo caer á la Reina, se abalanzó de nuevo al valido, Riccio abrazó las rodillas de María como si quisiera ocultarse y desaparecer entre los pliegues de sus regias vestiduras, y María, recobrando el ánimo, con la flexibilidad natural á su valor después de la caída, interpúsose como un escudo entre las manos del perseguidor y la persona del perseguido. Ruthven no se atrevió naturalmente á cometer el desacato de tocar á la Reina; pero entonces Darnley, usando de sus derechos como esposo, cogió á María con fuerza, y la retiró y apartó del suplicante secretario, para en sus brazos asirla. Separados ya Riccio y María, los conspiradores cayeron sobre aquel y le arrancaron al sitio donde aún le quedaba la última sombra de una protección desvanecida. Sintiendo apesado ya por aquella gente, gritó el italiano con clamores y aullidos horribles, á los cuales se mezclaban las súplicas de María intercediendo por él con palabras, en las cuales había desaparecido por completo el rigor de la soberana y sólo quedaba el acento de la mujer. Arrastráronle del comedor á la alcoba; de la alcoba con ímpetu al salón; y allí, en aquel sitio, testigo de su arrogancia, disputaron los conjurados sobre su triste suerte, mientras él dirigía supremas palabras de apelación á su piedad. Muchos quisieron remitir el castigo á más tarde, para colgarlo al día siguiente, y en público, cual á grotesco pelele, de un balcón de palacio. Mas Douglas, aquel bastardo misterioso, de quien le hablara el astrólogo á Riccio, dirigióse fuera de sí á éste, que retrocedía espantado hacia un rincón, y le clavó su puñal en el pecho. Entonces, al eco del grito desgarrador, al husmeo de la sangre caliente, los conjurados todos se lanzaron sobre cuerpo tan inerme, buscando alguna participación inmediata en los tormentos del horroroso castigo y en los placeres de la cruel venganza. Muerto, acabado para siempre; con las vestiduras desgarradas y el cuerpo hecho una llaga; aun le golpeaban y herían aquellas feroces hienas. Cincuenta y seis heridas mortales ¡ay! le abrieron los dementes en el ya frío cuerpo. Y luego lo arrojaron por la principal ventana del salón al patio, con menos consideraciones á sus restos humanos que si de los restos de una fiera del bosque se tratara. El cuerpo cayó sobre las piedras del patio, y aun tuvo sangre para mancharlas. Los porteros sintieron la compasión y lo guardaron en la portería del palacio; mas los conjurados no se dieron por satisfechos todavía. Doscientos eran; y ya que no les fué

posible á todos participar del asesinato, colmaron al infeliz que no podía oírles con toda clase de insultos y escupieron á su rostro con aquel punible olvido y abandono de todos los humanos sentimientos. Así pasó la breve fortuna de Riccio.

No puede compararse la vida privada de María Estuardo con la vida privada de María Antonieta. Indudablemente la reina de Francia, ora fuese por virtud intrínseca en ella y natural á ella; ora fuese por una educación más católica y menos voluptuosa que la educación dada por el sensual Renacimiento á María Estuardo; si nunca estuvo enamorada de su esposo, le fué siempre fiel con mayor pureza de voluntad y de conciencia que su infeliz antecesora, no queriéndolo, mas sí estimándolo, pero con estima bastante á no ponerlo nunca en ridículo y no amargar más y más con infidelidades matrimoniales á Luis XVI, las terribles amarguras por él recibidas y experimentadas de lo que llamaba la incomprensible infidelidad del pueblo suyo, del pueblo francés en general, y en particular del pueblo parisién. Mas, si en su vida toda no cometió Antonieta infidelidad á Luis XVI ninguna, cometió ligerezas sin número, á cuya influencia perdió la estima de su pueblo y el respeto de su familia. En primer lugar, el abandono, en que, según divulgaba ella misma, la tuvo su marido durante los primeros meses del matrimonio, cargó de ridículo á éste ante los ojos de la corte y autorizó las malicias propaladoras de terribles calumnias sobre la legitimidad ó ilegitimidad de sus hijos. En segundo lugar, las guerras desencadenadas entre la familia por sus salidas de tono y por sus bromas un tanto pesadas, promovieron desquites en frases regias difundidas por la dinastía misma, y de las cuales no salió nunca muy bien parado su honor. En tercer lugar, aquellas preferencias por amigas como la Polignac, tan colmadas de riquezas y dones, olientes á premios sólo dados á mercederas por quien desea ocultar cualquier secreto; aquella corte ó cohorte de caballeros sirvientes, tan sueltos de lengua como de gesto; aquellas fiestas campestres con aires eróticos, donde corría el vino y menudeaban las danzas y los danzantes, dando margen á las más odiosas murmuraciones; el desenfreno en los bailes y en los juegos que llegaban á malherir la fortuna real y las rentas de los patricios, destinadas como verdaderas áncoras á procurar la estabilidad y firmeza del trono hasta en los encrespamientos mayores de la tempestad; la dichosa tragedia del collar, en mil infames libelos exagerada, y dando margen á que se creyera no en favores amorosos otorgados á un arzobispo sensual y grosero, pero sí en aventuras confinantes con arrebatos de verdadera demencia y obra de un desarreglo nervioso; las mismas caballerescas y desinteresadas relaciones entre Antonieta y Fersen, determinadas por amor tan puro como el amor de Don Quijote á Dulcinea, pero muy rayanas con los bordes oscuros del abismo donde late la dehonra y se nutre la calumnia, dieron á la vida de Antonieta cierto viso de romance picaresco, no borrado, ni por su purificador martirio, ni por su redentora muerte. Gran diferencia entre un secretario particular como el Riccio de María Estuardo y un embajador confidencial como el Fersen de María Anto-

nieta. El uno se gozaba en corromper á una reina, considerada por su pervertido corazón una manceba; el otro elevaba la dama de sus pensamientos, y atribuyéndole todas las perfecciones imaginables, no podía despojarla de la capital, de su virtud, cuya pérdida le hubiera quitado á sus estáticos ojos gracia y hermosura. Fersen era un caballero de verdad, mientras Riccio un caballero de industria. Y sin embargo, el caballero de verdad infirió á la Musa de sus castos pensamientos desgracias tan enormes como las inferidas á su impura manceba por el caballero de industria. Bajo la inspiración de Antonieta se fué á pelear por la libertad en América, como pudiera irse bajo la inspiración de su amante el amante de Gabriela de Vergy á pelear por la religión en Asia, y de aquellas peleas resultó el contagio á Francia con la República, destinada, en la fuerza incontrastable de los hechos, á perder y descabezar la señora de su voluntad y de su pensamiento. Mas, á la verdad, esto es lo mejor que hiciera en su larga vida de aventuras. Aquella su embajada confidencial junto á la reina, mientras el barón Sthaël era embajador de oficio y rúbrica junto al Rey, costaron á la pobre Antonieta los mismos desgastes de su nombre y crédito que á María Estuardo las oficiosidades y los atrevimientos de su malvado secretario. Y no hablemos de la fuga, preparada con torpeza muy parecida de suyo á larga serie de traiciones, si no absolviese la pureza del intento la inhabilidad de una ejecución, aunque muy premeditada, muy temeraria. Pero, donde peor se portó en contra de sus propósitos y de sus proyectos, fuera en la conspiración europea contra Francia, en las maniobras para expedir al suelo francés los soldados irruptores, en las intrigas dentro del campo y del campamento enemigos, proponiendo las más extremas y más disparatadas soluciones; en el manifiesto, sugerido á Brunswich por su política, manifiesto amenazador en términos tales á la independencia y á la libertad francesa, que levantó el pueblo entero á la guerra y arrastró á la infeliz Reina sin remedio al cadalso.

Pero volvamos á evocar datos del proceder de la Estuardo para concluir el paralelo entre las dos infelices y cuitadas Reinas. Bien pronto comprendió María que su favorito acababa de ser inmolado á los agravios de sus nobles; y bajo esta persuasión sintió bien pronto una rabia furiosa, propia de los arrebatos frecuentes en su complexión desordenada. Mientras sus partidarios, sus criados, sus amigos corrían á una en todas direcciones para salvarse de suerte igual á la horrible de Riccio, yéndose varios á hurtadillas por las puertas excusadas y arrojándose otros con peligro de su vida por las ventanas altísimas; la Reina maltrataba en frases duras á su esposo, y le argüía de ingrato y de traidor. Presentábale con la varia elocuencia propia de su natural nervioso, aumentada por sus pasiones, en aquel minuto exaltadísimo, el favor debido por Darnley á su munificencia, y el pago con que á este favor correspondiera en tan tremenda noche. Darnley, vulgar en sus palabras, bajo en sus sentimientos, flojo en su moral, débil de complexión, cobarde y tornadizo, todavía tuvo un relámpago de idea en su mente y un minuto de constancia en

su proceder, para dar contestaciones oportunas á los bien expresados agravios de María. Mas, imbécil aquel monarca, elevado al trono y al regio lecho por femeniles caprichos, ignorante de los límites en que debía contener así la terrible acusación á su esposa como la necesaria defensa propia, dijole cosas tan duras como que había participado más de su vida el muerto que el marido. A esta ofensa inferida brutalmente, volvióse como una hiena ofendida contra el ofensor, y le dijo, extendiendo amenazadora la mano derecha sobre su frente, que alguna vez habría de llegar para él un momento supremo como el momento de entonces, por cuyos horrores había hecho pasar, para quebrantarlo y romperlo, el corazón de su mujer y de su Reina. En esto entró Ruthven, el principal asesino; con su arma humeante y reluciente aún en la diestra; su armadura manchada de sangre su mirar extraviado y lleno de los horrores recién vistos; pálido como la muerte; por sus fatigas últimas extenuado; y después de tomar una silla con precipitación, tomó un vaso de vino también cen el ansia de un carnicero que ha matado una gruesa resistente res, y lo apuró de un trago, mostrando la satisfacción que le había procurado aquel calmante con un resuello y esperezo, á los cuales no se hubiera quizás atrevido bajo el techo de una taberna. María, de antiguo acostumbrada como Reina y como mujer á todos los homenajes y á todos los requiebros posibles, aun sintió más la irreverencia de los gestos del asesino, que la crueldad de las palabras del esposo; y cubriéndose con ambas manos el rostro, dió suelta sin recato alguno al torrente de sus lágrimas y llenó los aires con el estruendo de sus sollozos. Al llegar aquí, las campanas de rebato que sonaban siniestras en el silencio de la noche; los gritos de las muchedumbres que resonaban con furor en las calles; el destello de las antorchas que se veía desde las ventanas del triste gabinete regio; la voz del preboste de Edimburgo que se levantaba sobre los fragores de tantas armas y de tantos clamores, recordaron á María cómo aún contaba con verdaderos vasallos; y levantándose, irguiéndose; repuesta por la facilidad rapidísima de sus emociones; tomando aires de Reina ofendida y de cruel diosa, miró á la cara de los rebeldes con fijeza y les dijo con arrogancia, que ya se acordarian alguna vez de aquella horrible noche. ¡Cuán terribles resultan los inconvenientes de una monarquía, cuando se considera como los afectos particulares del monarca y sus actos puramente privados ceden á una en desdoro y mengua y perturbación del pueblo! La sangre de los Guisas que María llevaba en sus venas, el casamiento feliz con Francisco de Francia, su educación á un tiempo gazmoña y ligera en los palacios y en los jardines franceses, el caprichoso casamiento con Darnley en el cual se dejó llevar tan sólo de sus emociones propias sin obedecer á ninguna reflexión, la privanza de Riccio á quien locamente diera sus afectos; todos estos hechos, dimanados exclusivamente de su persona, trascendieron á la pública gobernación del Estado como pudieran trascender las mayores calamidades de la naturaleza externa, sembrando guerras, desolaciones, asolamientos, incendios con tan espantosa frecuencia, que

parecería desquiciarse la tierra de Escocia y venirse sobre la cabeza de los escoceses el cielo. María quedó prisionera en su palacio y experimentó así, con las tristezas de su soledad, las tristezas de sus amarguras. El esposo aborrecido, gobernó en su nombre, y tomó en contra suya disposiciones, tanto más sensibles para ella cuanto que aparecían dictadas por su voluntad y por su conciencia propias. Así disolvió en nombre de la Reina el Parlamento que había la Reina congregado para perseguir á sus enemigos y vengar las continuas rebeldías. Inútil decir cómo todos estos actos enfurecieron á la nerviosa Estuardo. Siempre que su esposo entraba, poníale ante la vista los tres horrores de tal nefasta noche: la entrada de Ruthven; la inmolación de Riccio; las ofensivas palabras lanzadas sobre su frente por aquel á cuya frente ciñeran sus manos una real corona. En esto Darnley, débil de suyo, sintió asomos de compasión, y empezó á sentir con ellos inclinaciones invencibles hacia un acomodamiento con su mujer, é invencibles repugnancias á los Lores, que fueran siempre sus más implacables enemigos, por causa de su matrimonio. María comprendió con los asomos de doblez y astucia, surgidos á veces entre otras cualidades, cómo estaba dentro de la plaza enemiga, si podía quitarles á los conjurados el monarca y el esposo, en cuyo nombre y bajo cuya influencia compusieran y cristalizaran aquella conjuración tan tremenda. Desde que tal proyecto concibiera, entregóse al más pérfido y sombrío disimulo. Sus iras á una se calmaron aparentemente. Sus brazos volvieron á enlazar al antes idolatrado esposo, y en esta sazón aborrecido de muerte. Renacieron sus gracias seductoras, bajo cuyas seducciones ocultaba mil trampas, las cuales á su vez ocultaban mil insondables abismos. Y tales transformaciones comparables sólo á las muchas y célebres de la mitología pagana, iban todas encaminadas hacia la ruina de Darnley por nuevas inexplicables traiciones arrancadas á un alma sin conciencia y á una voluntad sin albedrío. Toda la precaución que tomó la Reina para salvar un tanto el vulnerado nombre de su infeliz marido, fué decirle que, para no rebajarle á los ojos de los con él comprometidos, firmaría en su favor un pliego de seguridades y de promesas nunca después firmado. Darnley se resolvió tras los halagos de su mujer á seguirla en su fuga, desde aquel palacio, donde una vez cometido el asesinato de Riccio, se hallaba por completo á merced y arbitrio de los aseninos, al palacio por ella señalado, y que podía convertirse con facilidad y muy pronto en término de su cautiverio y en pedestal de su autoridad. Efectivamente, Darnley cayó en aquel siniestro lazo, y María tomó un caballo, se puso en cobro, y una vez arribada con su cortejo de fieles partidarios y con su traidor marido á la fortaleza de Dumbart, lanzó terrible proclama contra todos los conjurados, amenazándolos con severo juicio, el cual forzosamente había de concluir por una capital sentencia. En ocho días cambió totalmente la situación de aquella perturbadora Escocia. Los asesinos de Riccio, tuvieron que huir á la cólera de María y refugiarse, todos sin excepción amenazados en la vecina Inglaterra. Llegó, después de tales sucesos, la vence-

dora Estuardo á Edimburgo; y no hallando en quien cebar su cólera y satisfacer sus venganzas, ahorcó á varios pobres diablos, dóciles é irresponsables instrumentos en la horrosa trama del asesinato de Riccio. El Rey publicó entonces una proclama condenando el crimen de que había participado; y los conspiradores, en desquite, dirigieron audaz epístola con gozo á la Reina, participándole todas las pruebas demostrativas de que su esposo en aquellos complots fuera, no el último de los cómplices, sino el primero de los promovedores. María, herida ya en el corazón por la conducta de Darnley, disgustada ya de él con profundo disgusto, incapaz de vencer una repugnancia invencible, cesó en las caricias fingidas y simuladas que le consagrara durante un mes eterno, y le notificó sin rebozo cómo tenía decidido que jamás se juntaran de nuevo ni á la mesa, ni en la cama. Una Reina, por alta que se halle, al cabo es mujer, y busca en su esposo amparo á la debilidad, complemento de vigor necesario á su ternura y á su delicadeza, escudo contra las asechanzas múltiples que rodean á su sexo, brazo para la defensa personal, áncora en las tempestades, fortaleza y seguro en los peligros; todo cuanto pide y necesita la esposa de aquel que le confía y entrega su corazón y su nombre. Las traiciones mismas, por Darnley consumadas en favor de María, tan viles como las consumadas en contra, la rebajaban á los ojos de la mujer; y le infundían hacia él desprecio, ese terrible sentimiento que, tarde ó temprano, concluye por extinguir todo cariñoso afecto y romper los más estrechos lazos. No hay amor que sobreviva de ningún modo á la desestimación, y no hay desestimación como el desprecio. Por Junio de 1566, María dió á luz aquel su hijo, llamado á sentarse más tarde sobre sitial tan alto como el trono de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Recelaba tanto de todos ésta, que se recluyó en el castillo de Edimburgo, como una pobre prisionera, deseosa de parir en paz. Parió felizmente; y notificó su parto á Inglaterra, interesada en el arribo á la vida natural de aquel infante, llamado á tan altos destinos. Isabel se condeñó mucho comparando la fortuna de su prima con la propia esterilidad, á la cual se condenara ella misma por razones de Estado, y lloró dominándose árbol deshojado y seco. Invitóla María con el padrino de la regia criatura, y aceptó, enviando para el bautizo, fuentes bautismales de oro. Mas como quiera que María volviese á insistir sobre la cuestión de sucesión y herencia con este motivo, rehuyóla Isabel, y conminó á los Lores y á los Comunes por haberla también inoportunamente suscitado. Celebróse la ceremonia del bautizo, y siguieron á esta ceremonia festejos ruidosos. Mas en ella sucedió un caso, el cual vino á mostrar el abismo abierto á los piés de aquella nefasta familia. El Rey, el marido, el que daba nombre al vástago nuevo por haberlo engendrado, no apareció en las ceremonias eclesiásticas, ni en los festejos reales, por prohibición terminante de su esposa; y al verse marido sin mujer, monarca sin corona, padre sin hijo, potentado sin fortuna, caballero sin honor, Darnley se sintió de tal suerte avergonzado y confuso, que fletó un barco para dirigirse á Francia, y encerrarse allí hasta el día de su